

NIÑA PRECOZ

En las treguas recobra esperanzas la capital del fenecido virreinato. Las tardes dominicales pásalas el señorío por las calles de la Victoria, de Perú, de Florida ora en coche —los menos—, ora a pie, luciendo las galas del guardarropa; los disantos, enfiladas las familias con su cirio a la diestra, acompañan en procesión al patrono de la fiesta.

Mas donde la diezañera Juanita goza mejor es en las solemnidades patrióticas, trajeada de blanco lo mismo que las demás escolares, embellecida con el aligero lazo azul cielo, que semeja mariposa suspensa para libar sobre los pétalos oscuros de extraña flor aromática... Junto a la humilde Pirámide — el más alto monumento de una ciudad huérfana de esculturas— enhiesta en el comedio de la plaza 25 de Mayo, el coro de voces flébiles y dulces entona la nacional canción que se esparce en los aires fríos bajo la comba lapizlázuli clamando “¡Libertad!” con la inocente incoherencia de pensar que de ella se disfruta. Luego sigue el discurso, y el “Te Deum”, y el desfile, y algún regodeo del paladar que las damas de la Beneficencia tienen dispuesto en las escuelas...

Antitética en condiciones metereológicas, aunque idéntica en emoción, la fiesta anual de los públicos exá-

menes y los premios celebrada en cerrado local bajo la pesadumbre de treinta y tantos grados de temperatura, congrega a padres e hijos en las postrimerias decembrinas. Don José María y doña Teodora salen satisfechos de sus hijitas; especialmente de la primogénita, que tiene buen entendimiento y una gracia para aprender el francés, dignos de inspirarles orgullo; como que en poco tiempo ha sido capaz de repetir de coro una fabulita.

Merecido de veras es el descanso de quince días, con el cual echan nudo las maestras entre los cursos concluídos y los subsiguientes. Merecidísimo tenían, grandes y chicos, ese respiro, siquiera para quitarse de los cuatro obligados trayectos de las calles, porque las recientes empresas políticas como las del año entero, acongojaban lso espíritus.

Lavalle fué gobernador relámpago, que luego de caer vencido a las puertas de la ciudad, en el puentecillo de Márquez, por el binomio federal Lopez y Rosas, siente el dolor de ver en el solio de su cariño a Viamonte, hechura de los triunfadores, y la angustia de trasladarse a la vecina orilla para despejar el horizonte nacional de su presencia indeseada. El unitarismo no se convence de su impopularidad creciente en Buenos Aires y, moviendo a José María Paz, intenta extirpar a los corifeos de la otra causa —bien o mal entendida— afianzada a punta de lanza y tajo de cuchillo en los feudos mediterráneos. Y enfrentan unos y otros en La Tablada, a mediados del 29, con adverso Marte para “el Tigre” y Bustos, quienes en febrero del 30, vuelven a sentir el mismo resquemor en Oncativo.

Mas hétenos a Rosas encumbrado a la jerarquía de señor de horca y cuchillo, manipulando con habilidad sosegada y múltiple. Un día de marzo lo ven las calles porteñas en carroza reluciente cuya izquierda ocupa el vencido caudillo riojano; en torno, caracolean

briosos corceles de la milicia cabalgados por lo mejorcito de la oficialidad; siguen los casacones más adictos al santón. A la zaga, todo el suburbio, borracho de alcohol, de murgas, de cohetes, disparos de bombas y culebrinas entre clamoreo candente, sálese de madre, como una arriada, a los gritos de ¡Muera el manco traidor! ¡Muera el manco Páz!, en tanto que arrolla viandantes, da porrazos en los quicios y amedrenta al vecindario, Quiroga no pudo soñar recepción que mejor trasuntara su sensibilidad, ni creyera jamás antes verle, cuánto supera en malas pasiones el tipo suburbano al campesino. Su traslado a la ciudad capital ofrecíale suculentas lecciones que lo proclive de su idiosincrasia sabría aprovechar.

Los "lomos negros" y los vecinos apolíticos, velan aquella noche, atrancados en los aposentos interiores, hasta los que llegan ecos del desgarró federalista.

La familia Manso echó doble vuelta de llave a las puertas, puso candados y corrió cerrojos porque las niñas, alarmadas con la baraunda y las noticias comentadas por el padre, no hallaban reposo.

Dos de los "tres compañeros", están juntos; ¿vendría López para integrar el triunvirato? Rosas se halla ensayando la flexibilidad de las riendas del gobierno, puestas en sus manos aurigas por la Legislatura y dirige la visual, con ceño enigmático, sobre las ocho provincias del Norte que llaman a Paz su "jefe supremo militar". No podía quejarse sin embargo, de lentitud en el logro de ir afirmando su influjo. En la fiesta de la Concepción en que la iglesia católica lanza por las calles a la bandada de comulgantes envueltas en el albo tul de la fe, habían estallado bajo los arcos de triunfo, las claras banderas, los sonos de músicas y el celerísimo golpear en los campaniles, los vítores estentóreos al estanciero erigido en árbitro casi único en el país, con las franquicias de rey absoluto de cuyo sistema, apenas trece años antes, se había abominado

en el Acta solemne de Tucumán. Entanto, la simulación que informa como factor esencial el carácter del terrateniente del Sur, irrumpe en la cláusula vulpina: "Ya estoy en el asiento que siempre he mirado con distancia". (Manifiesto a los habitantes de Buenos Aires). Había notado la buena disposición que para menesteres de fuerza exteriorizaron los jayanes uncidos de propia voluntad al coche suyo camino de la Legislatura; aspirado el humillo adulón del hijastro de las Musas que le llamó, en maltrecho alejandrino "Astro nunca visto que de repente apareció", y mostrándose decidor, sonriente, repleto del háxix embaucador de sus cinco sentidos y contoneándose por ello sin disfraz, ante el espejo ególatra que llevaba perpetuamente en el cerebro. Luego sobrevino la primera jugarreta maravillosa del gobernante: el traslado de los restos de Dorrego y los funerales. Empezó a salir de su cubil esa fiera miriápoda y poliacéfala que de los corrales acudía agujijada por apetencias recién despiertas, y presa de un secreto miedo inspirador de actitudes agachadizas. El erecto neo Calígula encabezaba el desfile tras un catafalco pintoresco seguido por los legisladores, la judicatura, los cuerpos colegiados, los regimientos militares, la unidad multitudinaria endomingada... Un fervor federalista repentino explotaba desde rejas y cornisas en lluvia de rojas corolas que hacía más vehementemente el opaco tañer de los tambores enlutecidos y las graves marchas funerales desgranadas con lenta solemnidad por los cobres relucientes de las bandas. Las últimas claridades acardenalaron el ocaso cuyo silencio entrecortado por el flamígero arder de hachones resinosos encendidos para iluminar los papeles de un discurso, rompía en el Camposanto la voz del estanciero al concluir que "la inocencia y el crimen no serían confundidos..."

Don José María Manso no rindió pleitesía al nuevo emperador pampeano; sus convicciones por una

parte, y esa natural desazón que el hombre ilustrado siente en el diario roce con el zafio (que en todas partes abundaba desde el advenimiento de aquel), por otra, retrajéronle.

Las arbitrariedades no se hacen esperar. Por lo pronto convierten en epíteto el calificativo de "salvaje" en fuerza de ponerlo en el encabezamiento de los papeles oficiales; canonizan el "pacto federal" y le llaman "Santa Federación"; intensificase el distingo de partidos y, la salvaguarda del destino público —pan y techo del empleómano—, fructifica en inusitada vendimia de federales condecorados mediante el lacito carmesí.

Ufánase Rosas y al comienzo del invierno, en el quinto mes de su reyecía, propala mediante "La Gaceta Mercantil" la necesidad del susodicho signo lacayuno.

De vuelta de la escuela, Juana Paula sorprende una tarde a sus padres con el petitorio de la maestra, consistente en rodear la cabecita oscura de la niña — en carácter obligatorio, diario—, con una cinta "punzó" según la terminología y el matiz usaderos, anudada en amplio moño. Recurre el padre en procura de noticias y halla respuesta en el comunicado oficial que los directores de la enseñanza primaria habían recibido y puesto en circulación por las escuelas: "Cuando desde la infancia se acostumbra a los niños a la observancia de las leyes del país que los vió nacer y a respetar las autoridades, esta impresión queda grabada de un modo indeleble y la patria puede muy bien contar con ciudadanos útiles y celosos defensores de sus derechos... En su conscuencia, ha acordado se prevenga al Inspector General de escuelas públicas, que siendo la divisa punzó que llevan al pecho los amigos del orden y restauradores de las leyes, un distintivo de adhesión a la causa de los libres, que hace ostensible su oposición a los tiranos que bajo el pretexto del régi-

men de unidad pretenden subyugar los pueblos, no sólo la deben usar los empleados y maestros, sino también los discípulos" (11 de mayo de 1830) (8). Y Juana Manso, sintió aletear sobre la frente amplia, la frágil cruz sedeña de la cinta lacre reavivadora de su tez marfilina y del negror de sus ojos españoles. Y cuando una quincena después acude el pueblo a cumplir el patriótico peregrinaje al pie de la Pirámide ve oscilar en la infantil concurrencia un mar de amapolas bajo las cuales emprenden huida veloz las notas del Himno echando de menos la orla azulosa de margaritas que, desde su concreción en armonía habíale acompañado.

Quedito oye Juana Paula el adverso juicio acerca

(8) La librea de otros países, sustitúyese en éste con un lazo que todo empleado de la administración, todo partidario del fetiche debe ostentar. En el fragmento transcrito impónese a maestros y alumnos de todas menas, sin permitir la ingerencia paterna; es la intromisión del rosismo en todos los hogares así sea a regañadientes. La mujer argentina de 1830 no puede, desde el 11 de mayo, dedicarse a su ministerio si no clava en su pecho el lacito de rigor. La niña argentina, no puede concurrir a las aulas desprovista de la cinta de marras. D. Mariano Bosch, en su "Historia del teatro en Buenos Aires" año 1900, atribuye a un acto de servilismo de la actriz Ana Rodríguez Campomanes, la exigencia de presentarse las señoras en público adornadas con la referida divisa. Cree, así, rectificar o desmentir, como él dice, a Santiago Calzadilla cuando afirmó "en su librito "Las beldades de mi tiempo", de que fué para el entierro de la señora doña Encarnación Ezcurra de Rosas, que los partidarios del gobernador inventaron la divisa federal a fines de 1838". Explica Bosch que en 1835 publicó la cantarina predilecta del "guarangage", Ana Campomanes, la "papeleta" de su beneficio que dedicaba al Ilustre Restaurador. "No paró aquí su locura, y por cierto que fué desdicha!... rogaba a las damas y caballeros, que concu-

de un suceso sangriento que se incrusta en su memoria de onceañera con rasgo indeleble (9). El mayor Montero padece el suplicio del legendario Urías en forma análoga dispuesto. El Ilustre Restaurador, de fidelísima retentiva para los sucesos que le desagradaban, recordó cierta mañana la repulsa de dicho oficial a la propuesta de abandonar su regimiento para pasarse al de aquel durante las andanzas de 1829. Manda en su busca; emplea serpentina seducción en la entrevista, le acaricia, le promete ascenso por méritos de buen servicio, provee de un pliego lacrado y lo envía a Prudencio Rozas, de guardia en la Recoleta. Enterado del texto el hermano del mandatario, ordena al visitante que se arrodille para recibir la descarga de cuatro soldados, según reza el oficio. Y aunque Montero inquiriere causas, pide tiempo para escribir a los

rrieran a la función, adornados todos, con los emblemas (divisa o moño) de la Federación, que constituían a más de un "distintivo indispensable" a los buenos federales, un adorno de gran mérito. Y advertía que ella misma saldría a representar adornada con ellos y adornaría también la escena con sus colores. En efecto, hizolo así. Por primera vez el teatro se vió inundado de colgajos rojos por todas partes, escena, barandas, palcos, arañas, ropas, bastidores, bambalinas, etc. En la sala todo concurrente se presentó con grandes cintas o moños de ese color". (Pág. 191).

Que fuese una manera de insistir para uniformar a los portefios no lo dudamos, porque es mucha ingenuidad suponer obediencia inmediata y absoluta en millares de personas, aunque se las amenace; véase, si no, lo que sucede con el cobro de impuestos y las aplicaciones de multas. La Campomanes obraba como instrumento pero no partió de ella la iniciativa; en el año 35 ya hacia un lustro que la divisa federal figuraba en el guardarropa de grandes y pequeños.

(9) Ver "Los Misterios del Plata", por ella; edición de 1924, nota de las páginas 42-43.

deudos y amigos, para nada hay lugar sino es el cumplimiento de la terrible sentencia sin más dilación.

El alma de la niña se encoje. Va aprendiendo a sufrir y comienza a comprender el valor que se necesita para callar.

Seguía sin alteraciones la regularidad del sístole diástole en el corazón rioplatense: el organismo iba acomodándose a las humoradas del gobernante, más visibles y desenfadadas cada vez.

Por ejemplo: nadie —sino los muchachuelos vagabundos— había encontrado ridícula la usanza nueva del sombrero por las ricas damas que, imitando a las inglesas establecidas entre ellas, o contagiadas por la cháchara utilitarista y halagadora de las costureras francesas, deseosas de la ganancia trimestral cercenada por la elegante y duradera mantilla, tocábanse de prendas que agrandaban las distancias jerárquicas. ¿Nadie halló reprehensible la innovación? Dijimos mal; los lametones del santón las pusieron en el "Index" de las cosas repudiables y a poco andar, con su firma prohibía Rosas el uso del sombrero femenino, "por antiamericano". (10)

No fué sólo la modista inglesa, señora de Hill, establecida frente al Colegio en la calle Santa Rosa de tiempo atrás quien lamentó la veda del tocado volitario; con pena mayor la sinieron las damas obligadas "por decreto" a llevar la cabeza descubierta para, que el gran lazo lacre de la "Santa" destacase entre los rizos del siniestro lado: la "vincha" del salvaje ascendió a la categoría de divisa.

El señorío iba paulatinamente desapareciendo porque ni la delicadeza espiritual traducida en pulcritud de lenguaje, ni la elegancia de ciertas prendas de ves-

(10) Su hija Manuela comenzó a ponérselo en el destierro (1852); lo dice en carta a su amiga Petrona Villegas de Cordero. Léase el epistolario publicado por Carlos Ibarguren.

tir se permitían; un perpetuo sistema contradictorio informaba el cotidiano menester: el alardear de mucha libertad y el operar constriñendo todo acto, toda palabra, todo pensamiento a los linderos de una exasperada inquisición. Todavía, si hubiese de parangonarse el móvil de esta última aplicada al expurgo de factores religiosos, con el que inspiraba el continuo morder de la "rosina", (11) sufragarían a su favor los jueces; pero ¿quién, si no padeciese terror e insanía, diera voto por la enmascarada con el rubro federal?

Extremábanse las disposiciones de violencia sobre las almas y sobre los cuerpos para abolir la aptitud del pensar en las primeras y desenraizar en los segundos las normas de costumbres, tradiciones, regalías y aun de higiene. El año 31, un "pulpero" medroso combina genuflexión novedosa para congraciarse con el gobernante halagando la obsesión que lo posee, y unta de almagre las puertas y paredes de su casa, repleto del íntimo fluir de quien acaba de poner la firma a un tratado de paz perenne. Entonces toma impulso la puja del color rojo, con prurito mórbido: rojo caliente, vivaz, fúlgido habían de ser los chalecos de los hombres sin distingos de edad, nacionalidad ni medios pecuniarios, como rojo y fuego eran los muebles tapizados, las alfombras, las colgaduras, los cortinajes, hasta la vapilla y utensilios menudos. No se logró arreglar una escalera para que un pintor embadurnara el cielo de almazarrón, pero se vengaban de tal impotencia destruyendo las macetas que no hubieran recibido la untura carmesí y las plantas que se atrevían a florecer corolas azules. (12)

(11) Los unitarios llamaron "rosines" a los rosistas, y "rosina" a su conducta.

(12) Así lo atestigua la anécdota de doña Carmen Nóbrega, luego señora de Avellaneda, "Una mañana en que Carmen —dice su hijo político— contemplaba en su jardín del primer

El temor al predicamento de los unitarios en el interior, se transforma en desatado júbilo al caer prisionero Paz en manos de gente capitaneada por Estanislao López, el único federal sincero de los tres que se ñoreaban el país.

Con la carta en que se anoticia el hecho acaecido el 10 de mayo de 1831, llegan para Rosas a sus reles de Pavón, el fiador y la manea que usaba "El Protector", y las bolas que arrojó a la cabalgadura el soldado Francisco Ceballos.

Rotos los tientos del freno federal convenientemente pulsado por la agenciosa doña Encarnación Ezcurra y sus aláteres, hubo francachelas, candombes de negros, alegría en la plaza Victoria, vocear callejero, y especímenes métricos de esa afrenta para Apolo que perduró en los "años rojos" ora en papeles volantes, ora en los de la prensa, ya en el peregrino cancionero coetáneo, ya en la albumomanía cursilona de las familias "federalizadas".

No se habían considerado del todo peligrosos los establecimientos de enseñanza, y, aunque entre sustos y recelos, llevaban los padres a sus hijos hasta ellos.

patio la curiosa variación de unas hortensias, cuyas flores al principio rosadas ibanse tornando celestes, oyó de pronto en dirección de la calle un repentino y formidable estrépito y volviendo la vista a ese lado, observó con asombro que un hombre clavando sus enormes espuelas en los fijares del caballo que montaba, obligábalo a trepar el escalón de la puerta de entrada, a penetrar en el zaguán, a avanzar por el patio hasta donde florecían las hortensias y a girar sobre ellas varias veces dejarlas completamente destrozadas. La niña alzó los ojos hacia el jinete que tan duramente castigaba la deserción política de las veleidosas flores, convertidas de la noche a la mañana de federales en unitarias, y, al reconocer en el sujeto al temible Cultiño, huyó despavorida a las habitaciones interiores". Antonio Delleplane. ::Dos Patricias Ilustres" págs. 180 y sig.

El aprendizaje de idiomas extranjeros, señaladamente el inglés y el francés, gozaba más estimación cada vez en virtud de los no pocos dedicados a enseñarles en forma privada o en escuelas particulares. Dentro de tal auge, la niña Juana Manso rumbosamente obsequiada por condiciones naturales felicísimas, sorprende a preceptores y familiares de paso que esgrime sus primeras armas en las letras, con dos traslados del francés; una obra a los trece y la otra a los catorce años. “Mi padre les hizo imprimir a su costa” —dice más tarde la traductora (13)— “Eran sus títulos: 1.º “El Egoísmo y la Amistad” (1832); 2.º “Mabrogenia o la Heroína de la Grecia” (1833). Esta novelita, dedicada a la Sociedad de Beneficencia, llevaba al frente una carta original mía en felicitación por el Colegio de Castas establecido en San Miguel. Ya ve Vd. —añade enderezándose a Sarmiento— que debutaba (“sic”) por la educación y me declaraba antiesclavista y negrófila.

Estos ensayos de resistencia de sus alas nacientes, ponen punto final a la edad antigua de su historia y abren la puerta al lapso raudo de su medioevo encuadrado en la densa candela rojinegra del Restaurador.

(13) Carta a Sarmiento, febrero 1868. Ver “Anales”, págs. 216 y siguientes